

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCIÓN OFICIAL

Acta de la sesión privada celebrada el día 13 de Enero de 1901

Bajo la presidencia de D. Juan Burgada y Juliá y con asistencia de bastantes señores académicos, se reunió la Academia Calasancia en sesión privada.

Dió cuenta la presidencia de haber sido propuesto para académico supernumerario D. Juan Pujol y Martínez. También participó que la Academia de la Verge de Montserrat había notificado en forma oficial su cambio de domicilio.

Levantóse luego el Sr. Burgada, y en elocuentes frases, recordó á la Academia Calasancia, que con el fallecimiento del Dr. D. José Morgades y Gili, Obispo de Barcelona, había perdido nuestra Corporación un decidido protector que la apreciaba y distinguía, presidiendo con frecuencia sus sesiones. A grandes rasgos describió el Sr. Burgada la labor evangélica del docto prelado al frente de la diócesis de Vich, haciendo notar sus conocimientos científicos y artísticos, que se reflejaban en sus actos. Señaló en especial su acción bienhechora para consolidar la paz entre los españoles, divididos por luchas fraticidas, encaminando todos sus actos al engrandecimiento de la nación. Hizo notar que en su breve gestión, desempeñando la Sede episcopal de Barcelona, había practicado algunas mejoras de importancia, entre las que sobresale el nuevo plan de estudios del Seminario Conciliar, y sin duda, bien pronto hubiera realizado señaladas obras que habrían dejado imperecederas huellas de su paso por la gobernación de la diócesis barcelonesa, como no podía menos de suceder tratándose de uno de los más ilustres prelados con que contaba España. Víctima de los desvarios sectarios, ha dejado con su muerte huérfana nuestra diócesis, y la Academia Calasancia, que tanto debe al ilustre prelado que la honró señaladamente, no sólo debe contentarse con haber tomado parte en la grandiosa manifestación de duelo con que Barcelona rindió tributo á los restos mortales del llorado prelado, sino que debe hacer algo más, y al efecto, concluyó proponiendo se celebre una misa de comunión en sufragio de su alma y que constase en acta el profundo sentimiento de la Academia por tan irreparable desgracia. Los señores académicos elogiaron las manifestaciones del Sr. Burgada con mues-

tras de asentimiento, acordándose por unanimidad lo que se acababa de proponer.

El Sr. Parpal usó de la pa'bra, y asociándose á las anteriores manifestaciones, propuso se honrara la memoria del difunto prelado con una sesión necrológica. Su proposición se acordó pasara á la Junta Directiva.

Al mismo tiempo dió cuenta el Sr. Parpal que había recibido para la Biblioteca de la Academia algunos folletos remitidos desde Madrid por el académico correspondiente Sr. Jardón, proponiendo se le concediera un voto de gracias, como así se acordó, y luego fué concedida la palabra al Sr. Corpas, para que diera su anunciada disertación, versando su notable conferencia sobre la particularidad que adquiere el pez de río *Leuciscus Arcassii* en determinado punto del río Hadaja, cerca de Arévalo, provincia de Avila, el cual en una extensión que no llega á un kilómetro, disfruta de la propiedad de que una vez pescado se conserva incorrupto durante tiempo indefinido, mostrando unos ejemplares por él recogidos en 15 de Julio de 1896 como si se acabaran de pescar el día antes, y al mismo tiempo, hizo observar que los habitantes de Arévalo poseen ejemplares que cuentan más de veinte años de recogidos sin descomponerse, atribuyendo el disertante dicha propiedad á alguna substancia antiséptica que esté disuelta en las aguas del mencionado río en aquel sitio relativamente corto, ya que remontando el río ó siguiendo su cauce más abajo pierde el *Leuciscus Arcassii* su propiedad incorruptible; es más, transcurridos algunos años, cuando se sumerge en el agua, recupera su blandura, siendo apto para la alimentación, pero perdiendo entonces la propiedad imputrescible si de nuevo quiere conservársele; dedujo de lo manifestado que, á más de ser el caso citado una curiosidad científica, es un problema industrial de no escasa importancia, ya que una vez analizadas detenidamente las aguas y hallada la substancia ó substancias antipútridas, se prestaría á la conservación de los demás pescados sin necesidad de extraerles las vísceras y produciendo una gran economía en la conservación de los mismos.

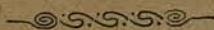
Manifestó que aquí en Barcelona había analizado el agua del río Hadaja, pero, bien sea por las malas condiciones en que llegó ó á deficiencia de aparato, no pudo descubrir ninguna propiedad química especial, haciendo observar que, sin duda, perdería, al igual de las aguas medicinales, muchas de las propiedades que poseen cuando salen del manantial.

La Presidencia felicitó calurosamente al Sr. Corpas por la originalidad del tema, por la galanura de la frase y por los vastos conocimientos científico naturales que posee, haciendo resaltar que el disertante había llegado al bello ideal pedagógico, ya que instruíra deleitando y poniendo sus conocimientos al alcance de las inteligencias profanas en Historia Natural, alentándole á continuar el camino emprendido, ya que la ciencia puede esperar mucho de hombres de valía como el Sr. Corpas.

Y se levantó la sesión.

Barcelona 13 de Enero de 1901.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.



Se convoca á los señores académicos para las sesiones privadas que tendrán lugar los domingos 24 de Febrero y 3 de Marzo á la hora acostumbrada, recordándoles el deber que tienen de asistir á ellas.

Barcelona 14 de Febrero de 1901.

El Presidente,
JAIME TRABAL Y MARTORELL.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.



FIESTA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Conforme previene el Reglamento vigente, LA ACADEMIA CALASANCIA honrará á su patrono Santo Tomás de Aquino con las acostumbradas fiestas religiosa y literaria.

El día 7 de Marzo, festividad del Santo, se cantará en la iglesia de P. P. Escolapios un solemne oficio con sermón, y el día 10, á las dieciséis y media, se celebrará en el Salón de Actos una sesión pública.

Se recuerda á los Señores Académicos la obligación que tienen de asistir á dichos actos, para los cuales habrá en la Dirección las correspondientes invitaciones en tiempo oportuno.

Barcelona 15 de Febrero de 1901.

El Presidente,
JAIME TRABAL Y MARTORELL.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.

NUESTRA PROTESTA

Aunque sea en cortas líneas, no podemos dejar de consignar nuestra firme protesta contra el desenfrenado desembordamiento de pasiones, que ha convertido á España en la más envilecida de las naciones.

Bajo la bandera de libertad, vitoreando continuamente con esta palabra, llevándola de un lado á otro, turbas envilecidas, acanalladas muchedumbres, instrumento inconsciente de malhadados intereses y de traidores planes, han alterado el orden, apedreando algunas casas de comunidades religiosas, desacatando á la autoridad y vociferando por las calles.

Libertad, gritaban, y confundiéndola con el libertinaje, pues, tal es la libertad de los demócratas, de los hombres libres, han pretendido renovar las tristes escenas que se presenciaron el año 1835, y si no lo han conseguido, no ha sido por enérgicas y prudentes medidas tomadas por el Gobierno, para el cual, parecía no ocurría nada, sino por la cobardía de los alborotadores y su escasa fuerza.

Pero, á pesar de ello, el espectáculo ha sido tristísimo:

alimentadas las envilecidas pasiones y desenfrenados apetitos, primero por algunos políticos en pleno Congreso, y luego por un desgraciado autor dramático, que, temiendo por el éxito de una nueva obra, buscólo halagando los feroces instintos de la bestia humana, que de tal puede calificarse la *turba multa*, y desbordándose aquéllos, tomando por pretexto se entronizaba la reacción, sin saber lo que tal palabra significa, han faltado, no sólo á sus deberes de ciudadano, sino á los que la cortesía y urbanidad exigen á toda persona bien nacida.

Se ha insultado á la Religión, se han atropellado sus casas, se han ultrajado sus ministros.... y esto es lo más grave que hubiera podido ocurrir, puesto que el pueblo que reniega de su Dios y lo ultraja, y contra El blasfema, ha de temer sus justas iras. Compadezcamos, pues, á España.

.....

Ni las circunstancias en que nos hallamos, ni la manera como se halla la prensa, ni el estado de nuestro ánimo indignado ante tamaños hechos é inauditos atropellos. son á propósito para tratar de tan lamentables sucesos; por esto no hacemos más que protestar con energía de tanto vandalismo, y pedir á Dios se compadezca de España y perdone, también, á los católicos que no han tenido la suficiente energía y entereza para oponerse á los desmanes de los masones y librepensadores.—P.

CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

LEÓN, PAPA XIII

(Conclusión)

Sea, por lo tanto, condenada enérgicamente la acción de hacer servir á la democracia cristiana para fines meramente políticos. Pues aun cuando la palabra *democracia*, según su etimología y el uso de los filósofos, indique régimen popular; no obstante, en el presente caso se ha de dar tal acepción á este nombre, que aleje todo significado político y no tenga otra acepción que no sea la de una benéfica y cristiana acción en favor del pueblo. Pues la na-

turalidad y preceptos evangélicos, que superan por su naturaleza misma todas las humanas vicisitudes, es necesario que no dependan en modo alguno de ninguna ley ó potestad civil, aunque puedan estar de acuerdo con cualquiera de éstas, mientras no se opongan á las leyes de la justicia y honestidad. Deben, pues, ser siempre ajenas y permanecer tales ante las vicisitudes y alternativas de las opiniones diversas, á fin de que en la constitución de cualquier Estado puedan y deban los ciudadanos cumplir el precepto que manda amar á Dios sobre todas las cosas y á los prójimos como á nosotros mismos. Y esta fué la perpetua y universal disciplina de la Iglesia, y de la misma se valieron los Romanos Pontífices en cualquier linaje de administración de las ciudades que gobernaron. Siendo, pues, ello así, los intentos y actos de todos los católicos que se esfuerzan en promover el bien del proletariado, no pueden nunca en manera alguna enderezarse á preferir ni adoptar un régimen civil con detrimento ó menosprecio de otro.

De un modo semejante debe evitar á toda costa otro escollo la democracia cristiana, y es que no se esmere de tal suerte en atender al bien de las clases inferiores que parezca olvidarse de las superiores, ya que tanto el concurso de éstas como el de aquéllas, ayuda no poco á la conservación y perfección de la sociedad. Y esto lo previene, según hemos ya indicado, la cristiana ley de la caridad. Esta se extiende hasta abrazar por un igual los hombres de todas clases y condiciones, como miembros de una familia misma, nacidos de un mismo Padre bondadosísimo, redimidos por un mismo Redentor, y llamados á participar de una misma herencia sempiterna. Y así lo advierte la doctrina del Apóstol: *Un cuerpo y un espíritu, así como sois llamados á una esperanza de vuestra vocación. Un solo Señor, una sola fe y un solo Bautismo. Un Dios y Padre de todos, quien está sobre todos, y sobre todo, y en todos nosotros* (1). Por lo tanto, la natural unión y hermandad de las clases inferiores con las otras, cuanto es más estrecha por los vínculos de la cristiana fraternidad, más influye en la diligencia empleada en ayudar á las mismas clases menesterosas; y tanto más cuanto para el mejor éxito de estos mismos trabajos es necesario el concur-

(1) Ephes., IV, 4, 6.

so y labor de las mismas clases, según declararemos más abajo.

Lejos también la opinión de aquellos que intentan bajo la denominación de *democracia cristiana* el propósito de emancipar de la debida obediencia y sumisión á los que ejercen autoridad legítima. La ley cristiana y la natural prescriben obedecer en lo justo y bien mandado á los que tienen autoridad para ello en las respectivas localidades. Y para que tal obediencia sea digna del hombre verdaderamente cristiano, es menester prestarla con buen ánimo y excelente voluntad; es á saber, *según conciencia*, conforme lo avisa el Apóstol cuando dice: *Toda alma ha de estar sujeta á las potestades más superiores* (1). Por tanto, puede decirse que abomina del nombre cristiano quien se resiste á obedecer y reverenciar á los que ocupan las superiores jerarquías eclesiásticas, á los Obispos principalmente, á quienes, por íntegra autoridad del Romano Pontífice sobre todos los fieles, *Puso el Espíritu Santo para regir y gobernar la Iglesia de Dios, la cual adquirió con su Sangre* (2).

Y así hay que notar que quien de otro modo sintiere ú obrare mostrará claramente haber olvidado aquel terminante precepto del Apóstol: *Obedeced á vuestros superiores y estadles sujetos. Ellos, pues, velan solícitos como quien debe dar cuenta de nuestras almas* (3). Y conviene muchísimo que tales palabras se fijan hondamente en los entendimientos de todos los fieles y se haga familiar su práctica en todas las contingencias de la vida; y los encargados del sagrado ministerio las han de tener en tanto, que no solamente con su exhortación, sino también con su ejemplo, lo han de persuadir eficazmente á los demás.

Recordadas, pues, en este lugar todas las cosas que oportunamente expusimos acerca de tales materias, esperamos que en lo sucesivo nadie abrigará duda alguna, ni sospecha, ni recelo acerca de los alcances y significación de la palabra *democracia cristiana*. Y lo esperamos eficazmente, ya que, haciendo caso omiso de las opiniones é interpretación de algunos acerca de tal palabra que envuelven algún error y pecan por falta de moderación en su aplicación práctica, nadie vituperará, por otra parte,

(1) Rom., XIII, 1, 5.

(2) Act., XX, 28.

(3) Hebr., XIII, 17.

aquel loable empeño que, con arreglo á los fueros de las leyes divinas y humanas, se esfuerza únicamente en mejorar la condición de los que se sustentan del trabajo de sus manos, les pone en estado de hacerse más previsores, les ofrece ocasión de que cumplan con mayor holgura y libertad los deberes de la Religión y de toda virtud, y logra que los proletarios se sientan hombres verdaderos y no meros animales; no paganos, sino cristianos, y se esmeren por fin en alcanzar aquel *uno necesario*, para el cual todos nacimos, con mayores deseos y facilidad. Y este ha de ser el fin único y el trabajo incesante de los que deseen ver de todo corazón el obrero cristiano libre y emancipado totalmente de la peste del socialismo.

Hemos hecho mención muy intencionadamente de los deberes de las virtudes y de la Religión. Hay quienes opinan que la llamada vulgarmente *cuestión social* es cuestión meramente *económica*, cuando lo certísimo y verdadero es que ella sea ante todo moral y religiosa y, por esto mismo, ha de ser resuelta con los dictámenes de las leyes de la moral y de la Religión únicamente. Sea enhorabuena que al que alquila su trabajo manual se le asigne un salario, que se rebaje el tiempo destinado al trabajo, que se discuta la baratura de las subsistencias; pero si el obrero, como suele acontecer, oye las doctrinas y echa mano de los ejemplos encaminados á fomentar la irreverencia contra Dios y á pervertir las buenas costumbres, se seguirá también que sus trabajos é intereses padecerán menoscabo gravísimo. La dolorosa experiencia muestra que muchos obreros que trabajan relativamente poco y reciben crecido jornal, viven estrecha y miserablemente por la corrupción de sus costumbres y no sujetarse á ninguna disciplina ni freno de la Religión. Quitad de las almas el sentido del bien que siembra y cultiva la sabiduría cristiana; quitad la noção de la providencia, modestia, parsimonia, paciencia y otros buenos hábitos de la naturaleza; y en vano buscaréis la prosperidad, por más esfuerzos que pongáis en ello. Y este es el motivo por el cual siempre que Nos hemos exhortado á los varones católicos á mejorar la condición del proletariado y á organizar sus Círculos y Co-fradías, también les hemos recomendado eficazmente que lo hiciesen tomando por norma y compañeras de sus empresas á la Religión y la piedad.

Y es más de alabar todavía esta buena voluntad en fa-

vor del proletariado, por cuanto con la benigna influencia de la Iglesia, con mayor y más feliz éxito vió competir la actividad y la caridad acomodándose siempre á las circunstancias de lugar y tiempo. Con la ley de esa caridad mutua, que viene á perfeccionar en cierto modo la ley de la justicia, no solamente se manda dar á cada cual lo suyo y respetar los derechos de todos, sino que también se logra que mutuamente los hombres se obsequien, *no de palabra ó lengua, sino en obra y en verdad* (1), acordándose de las palabras que Jesús dirigió á los suyos: *Os doy un nuevo mandamiento; que os améis unos á otros como Yo os he amado, y así vosotros lo hagáis: Y en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tuviereis amor los unos á los otros* (2). Y este empeño en hacer bien los unos á los otros, aunque debe tener por fin primordial los bienes del alma imperecederos, no debe olvidar tampoco las demás cosas que sirven para el uso y sustento de la vida. Por esto es muy digno de ser recordado aquí que preguntando á Cristo los discípulos de San Juan Bautista: *¿Tú eres aquel que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?* (3), después de haber recorrido los diversos oficios del hombre, les trajo á colación aquel admirable capítulo de la caridad de Isaias: *Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados* (4). Y hablando de las penas y premios que se han de adjudicar en el día del Juicio universal, promete examinar minuciosamente la conducta de cada cual en las relaciones de caridad de unos hombres con otros.

Y la palabra de Cristo no deja de causar cierta admiración, puesto que haciendo al parecer caso omiso de las obras de misericordia ejercitadas en provecho de la consolación espiritual, enumera solamente las corporales ó externas, y éste, como si á El mismo hubiesen sido dedicadas: *Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me recogisteis; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estuve en la cárcel y fuisteis á Mí* (5).

Y á estas admirables enseñanzas de doble caridad espi-

(1) Joann., III, 18.

(2) Joann., XIII, 34, 35.

(3) Math. XI, 5.

(4) Math., XI, 10.

(5) Math., XXV, 35, 36

ritual y corporal añadió Cristo, como no ignora nadie, muy señalados ejemplos propios. En la actualidad ciertamente que es de muy grata recordación aquel clamor salido de lo más profundo de un corazón paterno: *Me compadezco de las muchedumbres* (1), que señala una pronta voluntad de acudir con la acción al desvalido, quedando todavía aquel vivo testimonio de su misericordia: *Pasó haciendo bien y curando á todos los oprimidos por el demonio* (2). Los ejemplos de insigne caridad recibidos del Salvador fueron imitados con solícito cuidado y muy santamente por los Apóstoles primeramente, y, después de ellos, por parte de los varones ejemplares que, al avanzar la santa fe, se esmeraron en hallar formas y maneras de organizar varias instituciones de caridad para aliviar las humanas miserias, aun las más apremiantes. Y estas instituciones, acrecentadas por continuados éxitos, son el más legítimo ornamento del nombre cristiano y constituyen su más preclaro y humano blasón, ya que el entendimiento del hombre apenas puede comprender tal desinterés siendo tan natural que cada cual busque y apetezca sus propias comodidades y se olvide de las ajenas.

No hay que excluir del número de los bienhechores la acción de practicar la caridad ó limosna, á la cual quiso aludir Cristo diciendo: *Lo que sobra dadlo de limosna* (3). Esta frase los socialistas la vituperan y tratan de injuriosa y ofensiva á la ingénita nobleza del corazón humano y, á ser posible, quisieran borrarla totalmente. Pero si se cumple con arreglo á las máximas evangélicas y con verdadero espíritu cristiano, ni puede jamás sonrojar al que recibe, ni fomentar el orgullo del que da tal limosna. Y tan lejos está de parecer indigna del decoro humano, que más bien puede afirmarse que ella sirve para afianzar más y más los vínculos sociales y la amistad y concordia entre los hombres. Pues nadie hay tan rico que no necesite en algo á los demás, y nadie tan pobre que no pueda aprovechar de una manera ú otra á sus semejantes; ya que es como innato al corazón del hombre prestar y recibir benevolencia. Y de esta suerte unidas la justicia y la caridad, mantienen la trabazón de la sociedad humana dentro de los suaves y justos derechos de Cristo, y conducen con sua-

(1) Marc., viii, 2.

(2) Act., x, 38.

(3) Luc., xi, 41.

ve providencia á todos y á cada uno de sus miembros á la consecución de sus respectivos bienes comunes y propios.

El hecho de proporcionar al proletario menesteroso, no sólo socorros temporales, sino instituciones constantes y permanentes que le sirvan de apoyo, es digno de loor como eximia obra de caridad, ya que con ello se asegura de un modo eficaz y firme el sostén de los necesitados. Y más de alabar es todavía querer que los operarios que viven de su salario ó reciben cualquier estipendio por su trabajo contraigan los hábitos de una prudente y razonable economía para que puedan hacer frente con el tiempo á las atenciones de su ancianidad. Tales intentos, no solamente honran á los que los abrigan, sino que ennoblecen á los mismos obreros, los cuales al ser atraídos á prevenirse contra las vicisitudes de lo porvenir, se les aparta de los peligros de la intemperancia y del desenfreno de las pasiones, atrayéndoles de paso á la práctica y ejercicio de la virtud. Y siendo de tanta utilidad y oportunidad en los presentes tiempos tal empresa, se verá también si hay mejor obra en que pueda emplearse con prudencia y diligencia la caridad de los buenos.

Quede, pues, sentado que este empeño en levantar y consolar al proletariado es conforme con el espíritu de la Iglesia y se aviene perfectamente con sus ejemplos y tradiciones. Por lo que atañe á denominar *acción popular cristiana* ó sólo *democracia cristiana* á tal empresa, poquísimos importa, con tal de que se observen en su integridad y debido respeto todos los documentos y enseñanzas que acabamos de exponer. Lo que sí interesa vivamente es que en un asunto de tanto momento y transcendencia sea uno el pensamiento de todos los católicos y una también la acción y voluntad de los mismos, aunque no obsta que la acción de unos con aumentos y socorros ajenos se multiplique cada día más.

Debe primeramente solicitarse el concurso y apoyo de aquellos que por su ingenio, cultura, posición social ó autoridad que desempeñan, influyen en la buena marcha de la cosa pública. Si se prescindie de la cooperación de los tales nada se podrá lograr en beneficio ó utilidad de las clases obreras. Y será camino muy abreviado el del concurso decidido y eficaz de los ciudadanos más insignes para tan benemérita obra, los cuales deberán entender que no puede serles indiferente la suerte ó desdicha de los

menesterosos y desvalidos, sino que les incumbe particular obligación de coadyuvar á mejorarla. Porque en cada localidad no vive uno tanto de sus propias comodidades y bienes, como de las comunes y generales, así que cada cual en la medida de sus fuerzas, debe procurar poner por su parte lo que esté de su mano. Y la responsabilidad de esta obligación es tan grave como lo enseña la excelencia de los bienes recibidos y la dignidad de los prometidos ante el Sumo Remunerador, Dios y Señor Nuestro.

Adviertase también la importancia de esta obra maligna que, de no sobrevenir eficaz remedio, dañará á todas las clases y órdenes sociales, de tal suerte, que quienes menos precian ocuparse seriamente en mejorar la condición de los obreros, se acarrearán un mal notable á sí mismos y á la región en que habitan.

Pero si esta acción del cristianismo social se muestra pujante y entra en vigor difundíendose cada día más, no sucederá que las demás instituciones que hoy florecen y están en pie por la piedad de nuestros mayores, sufran menoscabo ni mueran abandonadas. Unas y otras, impulsadas por los mismos motivos de caridad y religión y no pugnando en nada entre sí, pueden muy cómodamente unidas conspirar á un mismo fin y salvar á la clase obrera de innumerables riesgos, más graves cada día, y con mayor oportunidad y mérito.

La gravedad del mal exige cada día y con mayor vehemencia clama unión de fuerzas para los ánimos esforzados, ya que la semilla de las calamidades y amarguras es considerable en demasía y también la de las perturbaciones funestas. Se preparan de parte de las fuerzas del socialismo riesgos terribles y amenazadores. Con astucia invaden los adictos á tan pésima doctrina los primeros puestos en las ciudades, en los antros de las sectas, y en público y sin rebozo, de palabra y por escrito, excitan á las muchedumbres á la sedición, y, despreciado el freno de la Religión cristiana, tienen en nada los deberes y no hablan más que de derechos, soliviantando de paso á las turbas de necesitados que por razón de su situación precaria, son víctimas de errores y decepciones, siguiendo tan perversos caminos.

Porque hay que convenir que se trata por un igual de los intereses religiosos y sociales, y ambas instituciones han de acudir oportunamente á salvarlos con eficacia.

Lo primero que hay que tener en cuenta es la unión de

voluntades, la cual exige que todos se abstengan de todo género de disputa ó discusión de las que agrian los ánimos y á nada práctico conducen. También en los discursos públicos y en los escritos de la prensa deberán todos esmerarse en abandonar ciertas cuestiones de leve importancia, llenas de sutilezas y que, además de no ser fáciles de resolver, requieren una fuerza de ingenio muy superior y no vulgares estudios para ser dirimidas con éxito. Cier-to que es muy humano el vacilar ante las opiniones dudo-dosas y sentir diversamente en cosas diversas entre sí; pero no lo es menos que aquellos que buscan la verdad con toda buena fe en las disputas ambiguas, se esmeran en guardar aquella igualdad de ánimo y aquella modestia y compostura mutua que evita que, aun siendo discordes las opiniones, lo sean las voluntades. Y todo aquel que en las causas y puntos dudosos pretende siempre acertar cumplidamente, no ha de hacer más que mostrar un ánimo pronto y decidido á tener por mejor y á abrazar lo que la Santa Sede Apostólica por tal reputare.

Y esta acción de los católicos, cualquiera que sea, será más eficaz y provechosa si todas las asociaciones y centros dirigen sus miras y tendencias á un mismo fin, movidos por una fuerza primaria y directriz, salvó el derecho de cada una de ellas. Y en Italia queremos que desempeñe tal misión aquel Instituto tan repetidas veces loado por los Congresos y asambleas católicos y por Nos mismo; á quien Nuestro antecesor y Nosotros encomendamos, bajo la tutela de los Prelados, la dirección é iniciativa de esta acción común de los católicos en favor del proletariado. Y hágase asimismo de igual suerte en las otras naciones, si es que hay en ellas una agrupación principal bajo la inspección diocesana á quien esté encomendada tal empresa.

Ahora bien, entre todas estas razones aducidas para mostrar cómo la Iglesia y los obreros han de permanecer unidos, sobresale la de que quienes más deben trabajar y esforzarse en ello son los dedicados al Sagrado Ministerio, por lo mismo que en doctrina, prudencia, caridad y solici-tud tanto pueden. Frecuentar el trato del pueblo, alter-nando con él oportuna y fructuosamente, dados los tiem-pos y cosas actuales, lo hemos recomendado más de una vez, hablando, ora con el clero, ora con el pueblo mismo. Y muchas veces en cartas dirigidas á los Obispos y á otros

dignatarios eclesiásticos en años anteriores, hemos alabado esta amante providencia en favor del pueblo y la calificamos por muy propia de los clérigos de ambas órdenes, Pero no hay que olvidar que los que desempeñan tan santos oficios lo han de hacer con una cautela y prudencia semejantes á las de aquel San Francisco, pobre y humilde, á las del padre de los descalzos, Vicente de Paul, y de otros de feliz memoria en la Iglesia, quienes de tal manera conciliaron sus asiduos trabajos en favor del pueblo, que no se olvidaron de su propia perfección, antes con mayor esfuerzo trabajaron para hacerse cada día más perfectos en toda suerte de virtudes.

Otra cosa hay que consignar expresamente aquí, y es que no solamente su misión debe ceñirse al desempeño de los oficios del Sagrado Ministerio, sino que puede y debe extenderse á toda otra obra, por difícil y ardua que sea, en bien del pueblo, para merecer más y más con ello. Puede contarse entre éstas la de buscar coyunturas y oportunas ocasiones para inculcar en el ánimo de los proletarios, por medio de coloquios llanos y caseros, que se aparten de todo espíritu de sedición y de la compañía de los sediciosos; que tengan por sagrados é inviolables los derechos ajenos; que respeten á sus dueños y cumplan gustosos sus compromisos con ellos; que tengan apego á la vida de familia, la más fructuosa y germen de felicidades; que guarden la Religión ante todo, y que busquen únicamente en ella el consuelo en las amarguras y desdichas de esta vida mortal y perecedera.

Y para hacer cumplir estos propósitos nada hay tan eficaz como el ejemplo de la Sagrada Familia de Nazareth, invocando su auxilio y proponiendo además por dechado la vida de aquellos varones que llegaron á muy encumbrada santidad siendo de humilde y desvalido origen; alimentando de paso la esperanza del premio perdurable en una vida mejor.

Advertimos por fin, seria y encarecidamente, que antes de tomar cualquier resolución acerca del particular, los católicos que á tales obras se dediquen, no lo hagan sin sujetarse antes totalmente á la autoridad de sus Prelados. No se dejen engañar por un vehemente espíritu de caridad, muchas veces engañoso si aconseja que se prescindan de la obediencia debida, ya que no puede ser sincero, ni garantía de utilidades sólidas, ni mucho menos

agradable á Dios Nuestro Señor, pues que Este se recrea de un modo particularísimo sólo con los ánimos de aquellos que, sacrificando generosamente sus opiniones propias, obedecen á los Preósitos y Jerarcas de la Iglesia en todo lo que éstos mandan. A tales varones Dios oye y les ayuda, aun en las cosas mas arduas y dificultosas, y suele hacerles llevar á feliz término lo que en su Nombre empezaron. A esto hay que juntar eximios ejemplos de virtudes, en particular de aquellas que muestran al hombre gran despreciador de la flojedad y de la molicie, amigo de dar con profusión lo propio para necesidades ajenas, y de ánimo constante é invencible en las adversidades. Tienen estos ejemplos fuerza singular para excitar saludables reacciones en los corazones del pueblo y fuerza mayor en cuanto son ornamento de varones de mayor posición social y más encumbrada.

Os exhortamos, pues, Venerables Hermanos, que según vuestra prudencia y diligencia y las necesidades de los hombres y los tiempos, prediquéis estas doctrinas á los fieles, y en los Sinodos y asambleas que acostumbréis á celebrar las confiráis largamente entre vosotros. Y toda vuestra solicitud y vigilancia debéis emplearlas, junto con toda nuestra autoridad, disponiendo, prohibiendo y contrariando que, so pretexto de fomentar cualquier bien, se relaje en lo más mínimo la disciplina eclesiástica, ni se turbe en lo más mínimo el orden que Jesucristo trazó á su Iglesia. De esta manera progresarán según recta concordia las buenas obras de todos los católicos, y serán ellas más patentes é ilustres en cuanto la tranquilidad del orden y la verdadera prosperidad de los pueblos florecerá bajo la tutela y acción de la Iglesia, la cual tiene por santísimo ministerio el amonestar á todos y á cada uno acerca del buen cumplimiento de los preceptos cristianos, unir en fraterna caridad á pobres ricos y levantar y fortalecer los ánimos en el decurso de las amargas vicisitudes humanas.

Viene á confirmar estos nuestros deseos y mandatos el Apóstol San Pablo en su carta á los Romanos, tan llena de caridad apostólica: *Os ruego en el alma... que os reforméis en la novedad de vuestros sentidos... El que paga tributo, con sencillez; el que preside, con solicitud; quien se compadece, con alegría. Amor sin fingimiento. Odiando todos el mal y entregándoos al bien: con fraterna caridad*

amándoos los unos á los otros, y anticipándoos con honores mutuos; no perezosos en la solicitud; gozándoos en la esperanza; pacientes en la tribulación; no cejando en la oración; comunicando las necesidades de los santos, y ejerciendo la hospitalidad. Gozar con los que se gozan, llorar con los que lloran, y sentir lo mismo unos con otros. No devolviendo ningún mal por mal y proveyendo los bienes, no solamente ante Dios, sino también ante los hombres (1).

Y en prenda de tales bienes, os acompañe la bendición apostólica que á vosotros, Venerables Hermanos y al Clero y pueblo vuestro: damos de todo corazón en el Señor.

Dado en Roma, en San Pedro el día 18 de Enero de 1901 de Nuestro Pontificado el vigésimo tercero.

LEON, PAPA XIII.

LITERATURA ESPAÑOLA ECLESIASTICA Y HETERODOXA

ANTES DE LA INVASIÓN ARABE (*)

España resistió la invasión romana cuanto puede resistir un pueblo que pelea heroicamente por su independencia. Pero, una vez dominada, asimilóse las costumbres, las leyes y la lengua del pueblo vencedor, hasta el punto de que cuando pasado el siglo de oro de la literatura latina decaía ésta como decaía el pueblo rey, los españoles fueron los continuadores ó por mejor decir los mantenedores de aquella literatura que era el retrato de un imperio que moría y de un poder que acababa. Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Columela y en general todos los escritores españoles de aquel tiempo, educados en Roma, siguieron, aunque sin menoscabo de su originalidad, las huellas de los grandes escritores de la ciudad eterna. Pero á pesar de esto, todos ellos imprimieron á sus obras un sello particular que individualiza, por decirlo así, todas las producciones literarias españolas y que se perpetúa á través de los siglos como patrimonio común á todos los escritores.

(1) Ad., Rom., xii, 1. 17.

(*) Este trabajo fué leído por su autor en una de las acostumbradas sesiones semanales con que el docto catedrático de Literatura Española en esta Universidad Dr. D. Antonio Rubió y Lluch, insinúa á sus discípulos en el manejo de la pluma y á que empiecen á saber trabajar por cuenta propia. La norma que el ilustre literato sigue, no puede merecer más que elogios y por esto se los tributamos muy sinceros al publicar este estudio. *N. de la R.*

La viveza de imaginación y la exuberancia y apasionamiento propios de nuestro temperamento meridional y de las condiciones geográficas de nuestro suelo las presentan ya nuestros clásicos juntamente con esa afición á las frases pomposas que se extiende desde Séneca á Quevedo, pasando por Góngora y Juan de Mena. Pero el mundo pagano había realizado su misión, y, por tanto, debía desaparecer en todas sus fases, cediendo el paso á las nuevas doctrinas que en poco tiempo habían de cambiar el antiguo orden de cosas. Y por eso al aparecer el Cristianismo, origen de las más grandes concepciones, la decadencia de las letras y la decadencia en las costumbres son los dos caracteres que se manifiestan en nuestra patria, que al fin y al cabo no era más que una parte del gigantesco imperio Romano.

Grandiosa y terrible fué la lucha que sostuvo la nueva religión hasta imponer sus creencias.

Los mártires brotaban, como dice Prudencio, á cada golpe de granizo, y por fin, tras las crueldades del circo vino el edicto de Milán, consecuencia lógica de la fuerza moral del Cristianismo y consecuencia también de la debilidad de los errores paganos.

Creíase que Santiago había venido á España, y después de predicar la buena nueva había fundado el primer templo en nuestra patria, el Pilar de Zaragoza. Vuelto á Judea y muerto en defensa de la fe, sus discípulos habían traído su cuerpo desde Joppe en una navecilla hasta las costas gallegas. La tradición lo afirmaba en el siglo VIII, y San Isidoro en su libro *De Ortu a Obitu Patrum*, la consigna. Pero el cardenal Baronio, que la había admitido como tradición de las iglesias en España en el tomo I de sus anales, la puso en duda en el IX y logró que el papa Clemente VIII modificase en tal sentido la lección del breviario. El padre Mariana, entre otros, contradijo al cardenal, y por fin, tras algunas polémicas, el papa Urbano VIII restableció en el breviario la lección antigua. De lo cual resulta que no puede afirmarse resueltamente la venida de Santiago, aunque nos inclinemos á creer que es verdadera, porque la tradición es una fuente histórica de primer orden y contribuye á conservar en los pueblos ese amor á lo pasado, que es una de las cualidades características de nuestra patria.

En cambio la venida de San Pablo es indudable. El mismo, en la epístola á los romanos, les promete visitar los

cuando se encamine á España, y San Clemente, su discípulo, lo confirma, pues, según él, su maestro llevó la fe hasta el término ó confin de Occidente. Además, multitud de ilustres prelados entre ellos San Isidoro, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Gregorio Magno, San Hipólito y San Epifanio lo atestiguan.

España acogió con entusiasmo estas predicaciones y con ellas los siete varones apostólicos Torcuato, Tesifón, Indalecio, Eufasio, Cecilio, Hesichio y Segundo, enviados por San Pedro el año 60, encontraron el camino abierto para proseguir con fe. Entonces comenzaron las persecuciones, y desde San Fermín de Navarra, que padeció el martirio en Tolosa de Aquitania, la serie de los mártires es interminable. Mártires que arrancaron á la lira de Prudencio aquellos himnos que le dieron tanta fama y que parecen encerrar el fuego de la inspiración divina.

Con lo dicho basta para formarse una idea de la literatura de esa época, que tenía que destrozar antiguas tradiciones y que se desarrollaba combatida por el hierro y por el fuego. Pues bien, terminada la era de las persecuciones cuando la Iglesia pudo alzarse y confundir con su gloria á todos sus enemigos, en vez de gozar del triunfo conseguido á costa de tanta sangre luchó contra la herejía que se enlazaba con ella como se enlaza la hiedra con el tronco de la encina. Y este aspecto de la literatura latino-eclesiástica es sumamente interesante, pues él explica de una manera natural la actividad que la Iglesia desarrolló después del triunfo; actividad que de otro modo no tendría explicación posible una vez conseguido el fin principal que la Iglesia perseguía: la implantación de sus creencias.

Esta lucha fué difícil. Los herejes se apoyaban en los dogmas de la Iglesia, si bien (y en esto consistía su error) los interpretaban á su modo y expresaban á su antojo.

Ante el cuadro que se ofrece á nuestra vista, debemos considerar sobrehumana la tarea de aquellos hombres que consagraron sus fuerzas á la lucha por la fe, pues cuando parecían terminados los obstáculos que se oponían al establecimiento de sus redentoras doctrinas, la herejía, cual la hidra de la fábula, levantaba la cabeza por doquier y pretendía ahogar la verdad entre los brazos del cisma. Pero entonces, como respondiendo al reto lanzado á la faz del mundo, la Iglesia cristiana presentó sus combatientes, y en

aquella lucha colosal de ideas, venció el espíritu cristiano como había vencido con su heroica constancia en la lucha material sostenida con las armas que los gentiles tuvieron en la sangre de los mártires.

Breve ha de ser la exposición de las diversas herejías que la Iglesia española tuvo que combatir.

Nótese en primer lugar, la apostasia de los libeláticos Basilides y Marcial, que, temerosos de las persecuciones, pidieron á los magistrados romanos, lo que llamaban el libelo para ponerse á cubierto de los peligros que acarreaba el ser cristiano. Mas aunque la abjuración de Basilides y Marcial fué simulada y obtenida con dinero, no vacilaron en seguir adelante su traición: Basilides blasfemó de Cristo en una grave enfermedad, Marcial enterró á su hijo en lugar profano, manchándose, además, con el trato de los gentiles. Estos apóstatas, llamados libeláticos, eran mirados con horror por los cristianos, porque en vez de confesar públicamente sus creencias las ocultaban, cobardes, por temor á los peligros.

Antes de seguir adelante, debemos mencionar la noble figura de Osio, que con su celo contribuyó, en gran parte, á distinguir la verdadera doctrina de los errores arrianos. Nacido en Córdoba en 256, elegido obispo de esta ciudad en 294 y confesor de la fe durante la persecución de Diocleciano, padeció el tormento cuyas huellas mostraba aún en Nicea, y fué enviado al destierro. Constantino, que estimaba mucho los consejos del gran Osio, se convirtió al catolicismo, gracias principalmente á los ruegos de éste. Poco después, Arrio negó la divinidad del Verbo y su consubstancialidad con el Padre, y refutado por San Atanasio, obispo de Alejandria, Osio fué enviado para calmar las discusiones entre uno y otro. Pero lejos de someterse, sostuvo sus errores, y Osio opinó que para solucionar el conflicto debía celebrarse un concilio. En el año 325, asistiendo Osio, se celebró el concilio de Nicea, del cual salió redactada la famosa profesión de fe que se conoce con el nombre de Credo. En el año 335, habíase puesto Constancio al lado de los paganos y consintió que desterrasen al papa Liborio por no firmar la condenación de San Atanasio. Osio, que siempre estuvo de parte de este último, también fué amenazado y contestó con una carta que es modelo de energía y entereza. Murió Osio en el año 357, y aunque ha sido acusado de heterodoxo, Menéndez Pelayo, en su obra *His-*

toria de los heterodoxos españoles, demuestra la falsedad de tal acusación.

Más adelante la española Lucila prestó su apoyo y su dinero á los donatistas de Cartago, ofendida porque Ceciliano, obispo de esta ciudad, le había reprendido el culto casi idolátrico que tributaba á las reliquias de un mártir no canonizado, siglo y medio duró esta herejía, que se manchó más de una vez con la sangre de sus partidarios y adversarios.

Lucifero se negó á comunicar con los arrianos, cosa contraria al espíritu evangélico, que quiere que el pecador sea perdonado si se arrepiente; San Jerónimo refutó este cisma en su libro *Adversus Luciferianus*.

En el siglo v, Prisciliano, natural de Galicia, discípulo de Agape y Elpidio, fué el iniciador de la herejía de su nombre, con cuya herejía, que alcanzó gran desarrollo, coincidió la literatura llamada priscilianista. Los libros escritos por Prisciliano se han perdido, hasta el punto de ignorarse el título de todos ellos. La segunda producción priscilianista es el *Apologético* de Tiberiano Bético. Dictinio, obispo de Astorga, dividió su tratado llamado *Libra* por analogía á la libra romana, en doce cuestiones. Curioso es el libro de Dictinio por sostener que es lícita la mentira en asuntos religiosos. San Agustín refutó esta perniciosa teoría en su libro *Contramendación*. Tampoco debemos olvidar, como muestra de literatura priscilianista, las obras *Actas de San Andrés*, *Actas de San Juan*, *Actas de Santo Tomás*, *Memoria apostolorum*, *De principe humidorum et de principe ignis*. Hay que tener presente que los priscilianistas admitían las Sagradas Escrituras, pero introducían en ellas osadas variaciones.

Se conoce con el nombre de reacción Ithaciana, la tendencia que en contra de los priscilianistas fué desarrollada por Ithacio. El emperador Máximo, queriendo castigar á los partidarios de Prisciliano, intentó confiscarles sus bienes y hasta darles la muerte. Pero San Martín Turonense, comprendiendo los graves inconvenientes que esta medida podía ocasionar, rogó á Máximo que demorase la salida de los jueces encargados de tal misión. Como Máximo no consintiere, San Martín lo prometió todo á cambio de lo pedido, y, concedido por el emperador, á otro día comulgó con Ithacio, aunque algo después se arrepintió de tal flaqueza.

El Nestorianismo es la herejía que debe su nombre á

Nestorio y que sostiene que Jesús nació hombre de la Virgen y que después Dios habitó en él. Fué denunciada á San Capreolo, obispo de Cartago, por los presbíteros Vital y Constancio, y retoñó en el siglo VIII, con el nombre de Adopcionismo, amparada por Elipando de Toledo y Félix de Urgel.

El Maniqueismo, predicado por Pacencio en Extremadura, fué refutado por Santo Toribio de Astorga é Iolacio y por Antonio, obispo de Mérida.

Ultimamente San Isidoro llama acéfalos (sin cabeza) á los que niegan la impassibilidad del Padre, ya por esto, ya por ignorarse quién fué su cabeza ó corifeo.

Estas fueron las herejías que la Iglesia española tuvo que combatir antes de la invasión árabe. Y á pesar de que sostuvo ventajosamente esta lucha, se da el caso extraordinario de que el papa Honorio I remitiese á los prelados españoles una carta en la que les exhorta á ser más diligentes en la defensa de la fe, á la cual San Braulio contestó con una grave y razonada epístola, en la que con humildad rechaza los cargos injustos del papa, mal informado sin duda, pues llamaba á los prelados españoles *canes muti non volentes ladrare*.

El citado Osio, San Gregorio Bético, Cayo Vetio, Aquilino Juvencio y Marco Aurelio, Prudencio Clemente, antes de la invasión bárbara fueron las grandes figuras que ilustraron este período de la Iglesia: San Gregorio Bético escribió su libro *De fide seu de trinitate*, contra arrianos; Juvencio escribió su *Historia Evangélica*, en la que cantaba la vida del Salvador y además el *Liber su genesis*, *De laudibus domini*, y el *Trumphus Christis heroicis*, y aunque se le ha acusado de excesivamente duro no merece juicio tal por el solo hecho de olvidar las reglas clásicas, pues en vez de la pompa aparente empleó un método sencillo propio de los asuntos de que trata. Prudencio, en la segunda mitad del siglo IV, escribió el *Libro de los himnos*, el *Libro de las coronas*, el *Origen del pecado* y la *Apoteosis y combate del alma*. En su *Libro de los himnos* tiene uno dedicado á Santa Engracia, que, traducido por Menéndez Pelayo, dice así:

Aquí los huesos de la casta Engracia
son venerados: la videntia virgen
que despreciara del insano mundo
vana hermosura.

Mártir nirguno nuestro suelo mora
cuando ha alcanzado su glorioso triunfo;
solo tú Engracia, nuestro suelo habitas,
vences la muerte.

Vives y aun puedes referir tus penas,
palpando el hueco de arrancada carne;
los negros surcos de la horrible herida
puedes mostrarnos.

¿Qué atroz sayón te desgarró el costado,
vertió tu sangre, laceró tus miembros?
cortado un pecho, el corazón desnudo,
viene patente, etc.,

y su *Apoteosis* se considera dividida en cuatro partes: la primera contra los patripacianos, que no admitían distinción entre las personas de la Trinidad y atribuían la crucifixión al Padre; la segunda parte defiende el dogma de la Trinidad contra los sabelianos ó Unionitas; la tercera va contra los judíos; y la cuarta combate el error de los Elcionitas, Marcionitas, Arrianos y de todo hereje que niegue la divinidad del Verbo. Tan gran poeta ha sido comparado por Sidonio Apolinar con Horacio, pero por lo menos podemos decir que Villemain es el mejor escritor que existe desde del ilustre vate romano hasta el Dante.

Protonio, obispo Vlisiiponense, lidió contra los arrianos. Carterio que asistió al concilio de Zaragoza, escribió un tratado contra Helvidio y Joviniano que negaban la perpetua virginidad de Nuestra Señora. San Paciano, obispo de Barcelona, tiene tres epístolas contra Novaciono y Semproniano. También tiene un sermón á los fieles catecúmenos acerca del bautismo. Olimpio, que le sucedió en la silla episcopal, escribió un tratado contra los negadores del libre albedrío y contra los que suponen el mal eterno.

Poco después los pueblos bárbaros invadieron España, y ante la injusta acusación de los gentiles, Orosio, Draconcio, Orencio é Idacio, tomaron con gran brío la defensa de la fe. Con su *Apologético* contra Pelagio y con sus *Historias* el primero, con su obra *Dedeo* el segundo, con su *Commonitorium* Orencio y con su *Cronicón* Idacio dan gallarda muestra de la literatura hispano-latino-ecclesiástica en aquella época. Todos ellos manifiestan un abandono completo de las reglas clásicas, y aquí debemos advertir que este abandono fué más bien de fondo que de forma, pues la diferencia de religión y de ideales habían de hacer muy diversos los asuntos de unos y de otros. Después de

esto y una vez determinado el carácter de los invasores que fundaron en España imperios de larga duración, San Martín de Braga, entre los suevos, y Justo Apolinar y Liciniano entre los godos, dirigen sus esfuerzos á destruir las supersticiones y refutar las herejías. Pero los que verdaderamente ilustran este período, son San Leandro, Eutropio y Juan de Biclara. San Leandro, enviado al destierro por Leovigildo, estudió en Constantinopla, y vuelto á España escribió su *Chronicon* en el que narra de una manera sencilla los hechos desde 567 á 587. Con su hermano San Isidoro llegó la Iglesia española al apogeo de su gloria. Doctor de las Españas, Segundo Daniel, Espejo de obispos y sacerdotes; tales son los títulos que se unen á su nombre. Más que poeta es San Isidoro hombre de ciencia, y como tal se manifiesta en sus *Elimologías*, en las que demuestra poseer todos los conocimientos de la antigüedad y las innovaciones de su tiempo.

Tras de San Isidoro, sus numerosos discípulos siguen sus huellas: San Braulio, Máximo Conancio, San Eugenio, San Ildefonso, San Julián, Tajón, obispo de Zaragoza, Paulo Emeritense y otros. Tales son los escritores religiosos que brillan en esta época. Todos ellos dirigieron sus esfuerzos á defender la pureza de los dogmas y mantener el nombre de la Iglesia española á la misma altura que estuvo en todos los tiempos.

De todo lo dicho y como resumen podemos afirmar que la causa principal del esfuerzo intelectual que desarrolló la Iglesia, fué la lucha constante: primero contra sus enemigos exteriores y después contra aquellos que no por ser más pequeños fueron menos obstinados. Y el carácter religioso de esa literatura, dejó sentir su influencia en la manera de ser del pueblo hispano, durante la Edad Media tan caballeresco y religioso que á impulsos de estos sentimientos acometió grandes hechos y realizó esa epopeya gigantesca de ocho siglos, que se llama reconquista (1).

JUAN PUJOL MARTÍNEZ.

(1) BIBLIOGRAFÍA.—MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los Heterodoxos españoles*; MILA, *Literatura*: AMADOR Y REVILLA, *Historias de la Literatura Española*.

CUENTO QUE PARECE HISTORIA

Tenía Rosa veinte años y brillaba con todo su esplendor, uniendo á su gallarda presencia y belleza física la hermosura de su purísima alma.

Eran sus padres D.^a Joaquina, que frisaba en los cuarenta, de muy agradable trato, y D. Diego, opulento comerciante que gozaba de envidiable reputación.

La querían éstos entrañablemente, no sólo por ser el único pedazo de sus entrañas que se había dignado Dios poner sobre la tierra, sino también porque Rosita era una criatura á quien no se podía conocer sin quedarse prendado de ella. ¡Era tanto el encanto de su alma y la bondad de su carácter!

D. Diego, una vez la sacó del colegio en donde estuvo hasta los dieciséis años, abrió los salones de su casa para presentar al mundo á su tierna hija el día que la pusieron de largo.

¡Cuántas emociones sintió Rosa ese día!

Siendo la reina de la fiesta, todas las miradas, todas las lisonjas y todos los obsequios se dirigían á ella, y su corazón, rebosando de alegría, la hacía desbordar en su semblante, que estaba encantador. ¡Quién le hubiera hecho creer entonces, á pesar de su claridad de pensamiento, que esas palabras almibaradas que le prodigaban sus admiradores no eran sinceras y desinteresadas!... Pero el tiempo es el mejor de los maestros y no tardó en serlo de Rosa.

Sus padres, cada día más satisfechos, reunían á su alrededor una vez por semana á sus numerosos amigos (comerciantes y banqueros en su mayoría como D. Diego); es decir, daban reuniones que cada vez eran más concurridas, y en las que los dos esposos esperaban encontrar el hombre que llenara el corazón de su hija. El amor que sentían por ella rayaba en idolatría; no, no era bastante para su hija un hombre cualquiera, vulgar, de escasa posición y talento.

Pero pasaron los dos y los tres primeros años de la salida del colegio, y la hija de D. Diego y D.^a Joaquina no daba señales de tener inclinación á ninguno de los innu-

(1) Leída por su autor en la sesión pública celebrada el 27 de Enero.

merables pretendientes que, como es de suponer, tenía Rosita, á cual más digno de atención, según el sentir de sus padres y de sus amigas.

—No nos apuremos, mujer, decía D. Diego á la suya, que en estos asuntos no deben los padres oponerse á la voluntad de sus hijas, sino solamente aconsejarlas.

Pero entre la teoría y la práctica hay mucha diferencia, y por esto fué tan grande el disgusto que tuvieron D. Diego y D.^a Joaquina al enterarse de que su hija hacía algún tiempo, que sin ellos saberlo, había encontrado el hombre que se imaginaba ella y no el ídolo que se forjaron sus padres. Este era el becerro de oro representación de la materia; aquél, un corazón asiento del amor.

Y este corazón desgraciadamente para Rosa, era el de Juan, joven que no llegaba á la altura que sus padres, por un mal entendido cariño, deseaban para su hija. Esta ya lo comprendió así, y no dió muestras de quererlo ¡y tanto que lo quería! Y Juan, cada día más enamorado de Rosa sufría y callaba, esperando que se abrieran nuevos horizontes á su oscuro porvenir.

—

—¿No, notas, dijo un día D.^a Joaquina á su esposo, que en los días de reunión Rosita no está tan alegre como antes, y no se le ve aquel deseo de agradar y complacer á todos que siempre nos ha gustado tanto? No sé nada, pero presiento que esos son síntomas de enamoramiento...

Esta arenga fué interrumpida por una carcajada de su esposo, que le dijo al cabo de un instante:

—Pero mujer, ¿no estamos siempre vigilando cuáles son sus simpatías, cuáles los jóvenes que la obsequian más, y preguntándole si le gusta éste ó el otro siempre nos dice que no?

—Pues precisamente, Diego, no me convence tanta negativa. ¿Crees tú que una joven como ella y á su edad no se haya ilusionado ya por alguno de los que en casa se muestran tan galantes con ella?

—Mira, Joaquina; tú sabes que nuestra hija no tiene secretos para nosotros, porque así la hemos enseñado; sabes además que Rosa es una criatura incapaz de contradecirnos en nada; sabes, por fin, que á pesar de no ser de su agrado, admitió, por complacernos, que diésemos reuniones en casa... ¿y crees tú que ella nos iba á ocultar su pen-

samiento en eso, cuando no ignora el deseo que tenemos de verla casada con un hombre que la haga feliz?

En estas conversaciones que entablaban muy á menudo los dos esposos, siempre era D.^a Joaquina la que tenía la sospecha (por algo era mujer).

Era Juan un joven alto, rubio, de unos veintidós años, hijo de familia modesta y de muy buenos sentimientos: no de otra manera le hubiera gustado á Rosa.

Hacía algunos años que estaba colocado en el despacho de D. Diego, el cual le apreciaba muchísimo y lo distinguía entre sus mejores dependientes.

Pero Juan, el pobre Juan, tenía la desgracia (si puede llamarse así) de amar de veras á una angelical criatura, á la hija de D. Diego.

Desgracia era y muy grande, porque cuando éste logró la sincera confesión de su hija en la que le manifestó que nunca querría á otro hombre, cegado por la pasión de querer un rey, si posible fuera, para su hija, lo despidió de su casa, en la que el infeliz Juan había en poco tiempo adelantado mucho por su talento y amor al trabajo.

Fué éste el primero y el mayor de los disgustos que Rosa (que hacía tiempo se sacrificaba en silencio por el amor á sus padres), ocasionó á éstos con harto sentimiento suyo.

Juan, el desgraciado Juan, se encontró sin apoyo, sin porvenir, y lo que es peor, sin esperanzas de poder conseguir una fortuna que poner á los pies de Rosa. Y en su desesperación, escribió una carta á Rosa en la que le manifestó se marchaba lejos, muy lejos de ella, pero en la que le juraba, con Dios por testigo, que no sería esposo sino de su Rosa... «Adiós, terminaba la carta, adiós, me marchó á América; no disgustes á tus padres, á quienes aprecio mucho, á pesar de todo, porque sé que lo han hecho llevados por lo mucho que te quieren.. Repito mi juramento. Adiós, Rosa, hasta ser tu esposo ó hasta que Dios quiera. Tuyo siempre.—*Juan.*»

Pasaron estos sucesos, y entonces con más empeño daban sus reuniones los padres de Rosa; y ésta, si bien procuraba estar alegre á sus ojos, no podía ocultar la impre-

sión que dejaban en sus mejillas las lágrimas que á solas derramaba y que eran su único consuelo.

Por uno de aquellos hechos en que los que tenemos fe vemos la mano de Dios, tuvo D. Diego una pérdida grande en sus negocios, no sé si por una jugada de Bolsa, ó por quiebra. ó por causa de la guerra que entonces ardía en Cuba y Filipinas; el hecho fué que los salones de su casa se cerraron, y después de algún tiempo murió D. Diego, dicen algunos que de pesar, al ver que cada día disminuía su ya muy extenuada fortuna.

D.^a Joaquina sufrió estas amarguras una tras otra, y su hija Rosa no era ya ni sombra de lo que fué en otro tiempo... ¡En qué poco intervalo hacen envejecer los disgustos!

La madre, con tan rudas pruebas, y viendo que cada día su Rosa estaba más triste, sabiendo ella por qué, no pudo menos que hablarle un día de Juan, de aquel Juan que en otro tiempo no consideraba digno de su hija, á pesar de sus nobles sentimientos, y que entonces, con la luz que dan la fe en Dios y lo que enseñan el sufrimiento y el tiempo, reconocía como el único hombre capaz de devolver la tranquilidad á su Rosa á quien sin quererlo había hecho sufrir tanto...

¿Pero, había muerto Juan? ¿Estaba todavía en América? y en este caso, ¿dónde encontrarlo?... No, no era humanamente posible. ¡Pobre madre! Demasiado cara pagaba su falta y la de su marido.

Pero Dios es muy grande y quiso endulzar su corazón arrepentido, siquiera en sus últimos años.

La misma guerra colonial que fué una de las mayores causas de la pérdida de su fortuna y quizás de la muerte de su marido, le dió ahora la paz.

Estaba un día D.^a Joaquina leyendo un periódico, en donde se daba cuenta de los soldados que volvían de la guerra de las Antillas y ¡cuál no sería su sorpresa al leer entre la lista de pasajeros civiles al reputado comerciante de Puerto Rico D. Juan Miró Ramírez! No, no cabía duda. ¡Era él! ¡Gracias, Dios mío! exclamó, y dejando á un lado el periódico se puso á escribir lo siguiente:

«Sr. D. Juan Miró.—Hotel de España.

«Le suplico con todo el afecto de que es capaz el cora-

zón de una madre, que se digne leer estas líneas, sin que el enojo le haga rasgarlas como merecería mi conducta para con V.

»Rosa se me muere si V. no lo remedia. Convencida como estoy de la nobleza de su alma y sabiendo hace algún tiempo el juramento que hizo á mi hija, no dudo que se dignará pasar por ésta su casa, etc. *Joaquina Mata.*»

Rosa y Juan se casaron, y mientras esto sucedía, el mundo murmuraba como siempre, porque no podía comprender como un señor tan guapo y rico como D. Juan Miró se casaba con Rosa, pobre huérfana, afeada, más que por los años, por los pesares.

¡Cómo cambian las cosas!

ANTONIO BRUNA.

LA ÚLTIMA ODA DE LEÓN XIII

AN. CHRIST. MCM PRIDIE KALENDAS IANVARIAS

A IESV CHRISTO

INEVNTIS SÆCVLI AVSPICIA

Cultrix bonarum nobilis artium

Decedit ætas; publica commoda,

Viresque naturæ relectas,

Quisquis avet, memoret canendo.

Sæcli occidentis me vehementius

Admissa tangunt; hæc doleo et fremo.

Prol quot, retrorsum conspicatus,

Dedecorum monumenta cerno.

Querarne cædes, sceptraque diruta,

An pervagantis monstra licentiæ?

An dirum in arcem Vaticanam

Mille dolis initum duellum?

Quo cessit Urbis principis urbium,

Nullo impeditum servitio decus?

Quam sæcla, quam gentes avitæ

Pontificum coluere sedem?

Væ segregatis Numine legibus!

Quæ lex honesti, quæ superest fides?

Nutant, semel submota ab aris,

Atque ruunt labefacta iura.

Auditis? Effert impii conscius

Insanientis grex sapientiæ;

Brutæque naturæ supremum

Nititur asseruisse numen.

Nostræ supernam gentis originem
 Fastidit excors: dissociabilem,
 Umbras inanes mente captans,
 Stirpem hominum pecudumque miscet.
 Heu quam proboso gurgite volvitur
 Vis impotentis cæca superbæ
 Servate, mortales, in omne
 Iussa Dei metuenda tempus.
 Qui *vita* solus certa que *veritas*,
 Qui recta et una est ad Superos *via*.
 Is reddere ad votum fluentes
 Terrigenis valet unos annos.
 Nuper sacratos ad cineres Petri
 Turbas piorum sancta petentium
 Is ipse duxit: non inane
 Auspiciis pietas renascens.
 Iesv, futuri temporis arbiter,
 Surgentis ævi cursibus annue;
 Virtute divina rebelles
 Coge sequi n. eliora gentes.
 Tu pacis almæ semina provehe;
 Iræ, tumultus, bella que tristia
 Tandem residant; improborum
 In tenebrosa age regna fraudes.
 Mens una reges, te duce, temperet,
 Tuis ut instent legibus obsequi:
 Sitque unum Ovíle et Pastor unus,
 Una Fides moderetur orbem.
 Cursum peregi, lustra que bis novem,
 Te dante, vixi. Tu cumulum adíice:
 Fac, quæse, ne incassum precantis
 Vota tui residant Leonis.

LEO XIII

(TRADUCCIÓN)

Desaparece una época que dió culto ferviente á las Bellas Artes. Que otros enumeren, si les place, los inventos por ella creados para dar bienestar á los pueblos, ó bien sus descubrimientos en las ciencias obtenidos, escudriñando las fuerzas de la Naturaleza.

A mí lo que más me afecta en el siglo que agoniza son sus faltas; faltas que me afligen y me hacen estremecer. ¡Qué horror! Si vuelvo los ojos al pasado, ¡cuántas ignominias y hechos vergonzosos apercibo!

¿No he de lamentar los homicidios, los cetros rotos, y los monstruos de libertinaje que en derredor nuestro se agitan? ¿No he de lamentar el fiero combate empeñado contra la ciudadela del Vaticano?

¡Contra el Vaticano, donde ha tenido que refugiarse, huyendo de la persecución, el honor de la Ciudad madre de todas las ciudades! ¡Contra el Vaticano, al que las generaciones de nuestros antepasados respetaron siempre como la Sede de los Pontífices!

¡Leyes malhadadas se han hecho contra Dios! ¿Qué ley queda que encamine al bien? ¿Dónde está la buena fe? Apartados del altar que los sostenía, los derechos se tambalean y caen hechos pedazos.

¿No oís? La horda de la ciencia insensata vomita palabras de impiedad, á la vez que se esfuerza en afirmar la suprema divinidad de la materia!

Rechaza con necia repugnancia el celestial origen de la raza humana, y, entenebreciendo su espíritu en vanas sombras de error, une en su origen á lo que no es posible asociar, y da igual procedencia á los hombres y á los animales.

¡Ah! ¡En qué abismo de ignominia lo precipita la fuerza ciega de su impotente orgullo! ¡Oh, mortales! ¡guardad siempre respetuosos los mandatos temibles de Dios!

Del solo Dios que es la *vida* y la *verdad* indefectible, de Dios que es el *camino* recto y único que nos lleva hacia los bienaventurados. Solo El puede oír la oración de los moradores de la tierra y renovar los años que pasaron.

El es quien en otro tiempo condujo con su mano cerca de las cenizas sagradas de Pedro á las piadosas muchedumbres sedientas de cosas santas. No es mera ilusión el renacimiento de la piedad.

Jesús, árbitro del tiempo futuro, sonríe á los comienzos de la edad que alborea, y por tu virtud divina, mueve á las naciones rebeldes á retornar al bien!

Haz germinar la semilla de una paz dichosa. ¡Cesen ya las iras y tumultos! ¡acábense las tristes guerras, y rechaza, enviándolas al reino de las tinieblas, las maquinaciones de los perversos!

Que bajo tu guía sólo un pensamiento anime á los reyes, de modo que se apliquen á seguir tus leyes; no haya más que un redil y un Pastor, y que una sola fe ilumine al mundo.

He concluido mi carrera y gracias á tu liberalidad he vivido dos veces nueve lustros. Corona mi obra haciendo, te lo suplico, que las oraciones y votos de tu siervo León merezcan ser atendidos por Ti.

ALMATA

ROMANCE HISTÓRICO

A LA PIADOSA MEMORIA DE MI INOLVIDABLE ABUELA

I

—Centinela, alerta.
Guarda la atalaya,
Enciende los fuegos,
Prepara las lanzas.
Arriba, valientes,
Leones, en guardia,
Que vienen hambrientos
Los tigres de Hircania. —

En negros trotones
Que al ébano igualan,
Que beben los vientos,
Y tragan distancias,
Blandiendo en el aire
Infel cimitarra,
Cabalgan airosos
Los hijos de Arabia.

Ni el sol les arredra,
Ni el frío les para,
Ni temen del euro
La indómita saña;

Que en libres desiertos
Mecióse su hamaca,
Besando sus rostros
Los vientos del Africa.

En pechos de hiena
Nutrióse su infancia,
Y en ellos bebieron
Más sed de venganza.

Su cuerpo avezaron
A rudas campañas,
Librando con fieras
Sangrientas batallas.....

En vano la noche,
Que va ya muy alta,
Esconde en sus sombras
Las férreas mallas,

Que un rayo, que Febo
Prestóle á su hermana,
Rasgando las nubes.
Brilló en sus corazas.

Las aves nocturnas
Creyendo era el alba
Buscaron sus huecos
Huyendo espantadas.

Y el fiero caudillo,
Atrás la celada,
Echando sus ojos
Volcánicas llamas,
De pie en los estribos
Y enhiesta la adarga
Bramó cual revienta
Preñada montaña:

«Alá nos defiende,
Mahoma nos guarda,
Quien vuelva la grupa
Sabrá mi venganza.»

Y afloja las riendas,
Y empuña su daga
En sangre caliente
Cien veces templada.

Y siempre, que oculta
Su cuerpo en las matas,
Orillas del río
Remonta las aguas

Briosas le siguen
Sus huestes, en alas
Del impetu ardiente,
Que aguija sus ansias.

Y todas responden,
Rugiendo de rabia,
Rompiendo á sus brutos
Los frenos, que tascan:

«Si Alá nos defiende,
Mahoma nos guarda,
Las linfas Del Licoris
Serán de escarlata.»

En tanto, la luna,
Rielando en el agua,
Giraba al ocaso
Su rueda de plata

Y, rosas ciñendo,
Mostrábase el alba,
Brillando el espacio
Con luces de nácar.

II

Cabe la orilla del Segre
Balaguer está sentada,
Contemplando su diadema
Que se dibuja en las aguas.

Con su cintillo de torres,
 Con su fonda y ancha cava,
 Con sus altos minaretes,
 Con sus puertas y murallas,
 Cual gigante confiado
 De su brazo en la pujanza,
 Que al igual de sus empresas
 Enumera sus hazañas;
 Sobre sus lauros tendida
 Da paz á su mano y lanza,
 Ni fatiga sus monturas,
 Que pacen libres la grama.
 Al arrullo de las ondas,
 Que humildes besan sus plantas,
 Deslizándose tranquilas
 Sobre un lecho de esmeralda,
 En mal hora se ha dormido,
 Por segura mal guardada,
 Sin curarse que no duermen
 Los que su ruina fraguan.
 Leda, virgen sin recelo,
 Que en la solitaria playa
 Se duerme, y despierta en brazos
 De adusto y feroz pirata.
 ¡Guay! de los pueblos cristianos
 Que en lecho de pluma blanda
 Reposan, cuando les cercan
 Enemigos sin entrañas.
 Que huellan la fe de Cristo,
 Y escarnecen su ley santa,
 Frenos haciendo á sus brutos
 Con las cruces de oro y plata.
 Sus hijos serán oprobio
 De las venideras razas,
 Vendidas serán sus virgenes
 En el bazar como esclavas.
 Y en el harén confundidas
 Con las viles musulmanas,
 El sultán con torpe labio
 Besar á sus lindas caras.
 Y en vez de la noble enseña
 Que en sus senos se destaca
 Cefirá sus frentes blondas
 Del turbante con las gasas...
 Arriba pronto, valientes,
 Que del moro la avanzada
 Viene en raudos piradores,
 Que al viento roban las alas.
 Aprieta, buen Conde, aprieta,
 Empuña presto las armas,
 Ensilla el bridón aligero
 Que frenético te aguarda.

III

Cual torrentes desbordados,
 Que diques rompen y vallas,
 Y alzando nubes de espuma,
 Se embisten con furia insana;
 O cual fieros huracanes
 Que la tempestad agranda
 Y al chocar con rudo empuje
 Estremecen las montañas;
 Así con braveza insólita,
 Henchido el pecho de rabia,
 Temblar haciendo á la tierra,
 Que gime bajo sus plantas,
 Se acometen denodados
 Al primer rayo del alba
 Antes que el luciente febo
 Desborde sus cataratas:
 Que no sufren sus enojos
 Dar á sus rencores largas,
 Que cual volcanes latentes
 Crecen más, cuanto más tardan.
 Resuena el cóncavo cielo
 Con horrisona algazara,
 Y sus gritos se confunden,
 Y se cruzan sus espadas.
 Luchan fieros de coraje,
 Ebria de furor el alma,
 Doquiera siembra la muerte
 Su acero, y ayes arranca.
 Ya al clamor que entrambas
 Iracundas levantarán, [huestes
 Sucede el crugir del hierro,
 Que en mano ardiente de saña.
 Rompe el acerado escudo
 Llega al corazón y alcanza
 Con cada golpe una vida
 Con cada vida una palma.
 Ruge el africano tigre,
 Y, colérico sus garras
 Abriendo, corre furioso,
 Y á su presa se abalanza.
 Y en su número infinito
 Confiado, altivo clama,
 Y á sus árabes alienta
 Con su ejemplo y su palabra.
 Y sin tregua ni descanso
 Siguiendo á su jefe atacan
 Al ejército cristiano
 Que firme afronta las cargas.
 Y una vez y cien rabiosos
 Se arremeten y rechazan
 Sin que cedan los cristianos

Ni el muslim vuelva la espalda.

Pero ¡ay! que el cansancio rin-
De los cristianos la escasa [de
Hueste, y llegan de refresco
Nuevas tropas musulmanas.

¿Qué importa que el bravo Con-
Ardiendo en cólera santa, [de,
Infunda ardor en sus filas,
Y alargue más la batalla?

¿Qué es contra el furor de un río
Un débil dique de cañas,
Cuando puentes, troncos, pie-
En sus ondas arrebatá?.. [dras,

Ya con bárbaro despecho
Tropa innumerable avanza,
Y á los nuestros ya rendidos
Arrollar quiere en su marcha.

Ya ha jurado por Mahoma
Saciarse en sangre cristiana
Y llevarse á sus harenas
Nuestras vírgenes más gayas.

Ya, gozándose en su triunfo,
Ríe feroz... ¡Dulce Patria!

¿Quién dará vigor al brazo
De tus hijos, que desmayan?

Mas... ¿Qué es lo que entre las
Del campo cristiano pasa? [filas

Todo es brío, ardor es todo,
Todos se agitan y claman,

Y luchar ora sus pechos
Quieren con ardientes ansias

Y teñir con sangre mora
Del Segre las linfas claras.

«Balaguer es por María»

Gritó con voz inspirada
El Conde Armengol de Córdoba,

Y á esa voz todos se inflaman,

Y más y más se enardecen,

Y al valor templan sus almas,

Cuando la Virgen bendita

A sus ojos se destaca

Entre nubes ondeantes,

Que el sol poniente abrillanta,

Y éxtasiados su voz oyen,

Y contemplan sus miradas.

Y quién resistir podrá

De esos valientes las armas,

Cuando mueve su pujante

Brazo la fe soberana?...
No es más rauda el torbellino,

Qué los árboles arranca,

Ni más furioso el torrente,

Que campo y valles arrasa.

Arrollan al agareno

Con bravura y loca rabia,

Y ruedan cabezas moras

A cada tajo de espada.

Y fué tan grande el estrago

Y tan grande la matanza,

Que á aquel campo desde entonces

De *Almatá* el pueblo le llama.

JAIME MUÍXI. Escolapio.

CURIOSIDADES HISTÓRICAS

21 FEBRERO 1580

No eran escasas, antes bien menudeaban con frecuencia las muestras de afecto y aprecio con que la Santa Sede honraba á nuestro pueblo á instancias de sus Reyes, siempre amantes de la verdadera Religión, que por tenerla los buenos españoles, pudo España ser lo que fué en tiempo de Carlos I y Felipe II, los grandes reyes, *á pesar de su catolicismo*. Verdad es que los que eso dirían ignoran ó pretenden ignorar la verdad de las cosas.

Reinando Felipe II, á instancias de este gran monarca, concedió el Papa Gregorio XIII á los reinos de España una nueva bula de la Santa Cruzada ó Jubileo, que fué publicada, ó *entró*, como se decía vulgarmente, en Barcelona el día de la fecha, 21 de Febrero de 1580, organizándose la correspondiente procesión desde el portal Nuevo, asistiendo todas las parroquias y comunidades religiosas, precediendo á la Bula, llevada por su Teorero Juan de Bearte, la bandera del Jubileo, sostenida por el Veguer de Barcelona, acompañado de los Concelleres.

El acto fué solemnisimo, como casi todos los que se verificaban por idénticos motivos, demostrando el numeroso gentío que asistió á la procesión, pues según el cronista pasaban de tres mil las personas, el deseo que tenía el pueblo de lucrarse con tales beneficios y su gran religiosidad.—C. P. M.